

a jugar al billar español a tres bandas. Y otros muchos iban llegando a la repostería, cuya barra se convirtió en un icono de la hostelería local y comarcal.

Una barra de postín

Es imposible no mencionar la figura de Agustín Romero de Ávila “Agustiniño”, el gran repostero del casino durante su época dorada. “Venía gente de fuera a la barra de Agustín, que traía el mejor marisco de Alcázar con su seiscientos”. El salón de la repostería, que mira a la calle Cervantes, se llenaba a menudo, sobre todo los fines de semana. Muchas cuadrillas de matrimonios copaban la barra y las mesas mientras sus hijos correteaban por las inmediaciones. “Los niños daban mucha guerra, corrían por el vestíbulo, por los salones y se dejaban los grifos abiertos; nos ponían en un compromiso a los conserjes, la verdad”.

El jolgorio alcanzaba su clímax en carnaval, cuando el casino se llenaba a rebosear. “He visto discusiones serias por coger una mesa en el salón”. Domingo y lunes eran los días más fuertes, con las orquestas que contrataba la directiva sin parar de tocar en largas sesiones de tarde y de noche.

Millones sobre el tapete de juego

El ingreso ordinario más importante del casino era vía socios, con el pago de sus recibos y las temidas cuotas extraordinarias. Pero había otras fuentes de financiación también relevantes, caso de la cuota de entrada o el alquiler de la barra. Cantidades más o menos fijas que garantizaban el mantenimiento de la sociedad. Sin embargo, el juego era otra posibilidad de ganancia. El salón de arriba habitaba un apartado, lejos del mundanal ruido y de mirones incómodos y tal vez indiscretos. Allí reinaba el gilé y el doy. Todos los días había una partida de gilé con siete u ocho socios, que los fines de semana subía y en Navidad se cuadruplicaba o quintuplicaba. Eran mesas largas donde el conserje hacía las veces de crupier.

Diego Velasco recuerda (sin dar detalles ni citar nombres) que algunos socios jugaban fuerte, sobre todo el día de Nochebuena. “A partir de las doce comenzaban las apuestas gordas, a puerta



▲ Sala de billar en la primera planta.

cerrada”. “Algunas veces jugaban hasta las seis de la mañana, cuando venían las mujeres a limpiar”. Se podían mover más de 20 millones de pesetas y una Navidad (no recuerda cuál) el casino recaudó 1.200.000 pesetas. “Se pujaba la baraja y el casino se quedaba con el 5 por ciento”.

Incluso hubo un bingo. En el año 1976 se instaló una sala en el salón de la repostería. Venía una empresa de fuera que pagaba al casino una parte de sus beneficios. “Todos los días al anochecer se bajaban las persianas y aquello se llenaba”. Pero duró sólo unos meses, hasta la feria. Aún así, dio para construir los servicios de la planta baja.

La decadencia

La cuesta abajo del Casino La Unión comenzó en la década de los 90 del siglo pasado. La pérdida de socios fue gradual y al principio leve, pero imparable. El problema es que las solicitudes de ingreso de nuevos socios dieron un frenazo. Las bajas, en su mayoría por defunción, hacían el resto. La aparición de nuevos locales hosteleros bien equipados, por supuesto con entrada gratuita, unido al simple cambio de costumbres en la organización del ocio de las familias, aceleró, y sigue acelerando, la caída. Hoy, el casino ofrece lo mismo que hace medio siglo: una mesa con cartas, un periódico, un bar, calefacción en invierno, un partido de pago... nada que no pueda ofrecer cualquier otro local hostelero.

Con todo, la sociedad resistió bien la sangría de socios. De hecho, hasta el

año 2000 se mantuvo por encima de los 600, cifra que ahora sería un sueño. Los datos son fríos como el hielo y revelan un desplome brutal en los últimos años. Para muestra, el siguiente cuadro:

Año*	socios
2006	410
2008	342
2010	292
2012	216
2014	155**

*A comienzos **143 en octubre
Fuente: Casino La Unión

Desde luego, pintan bastos. A este ritmo, al casino le quedarían pocos tediarios. Los presidentes y directivos que han permanecido al frente de la sociedad en estos últimos años han intentado mover ficha. De forma más o menos atinada, pero lo han intentado. En el año 2008 se eliminó un conserje, al que se indemnizó con 18.000 euros, pero cuyo gasto anual colaba los 17.000. Tras la jubilación de Diego Velasco ni siquiera hay conserje. El casino no podría permitírselo. Las cuotas han subido de 40 euros bimestrales en 2010 a 60 euros en la actualidad, de las cuales hay dos de 90 euros. Solo esta “subida de impuestos” ha permitido sostener el presupuesto anual de ingresos, que este año se ha fijado en 70.000 euros. No está mal teniendo en cuenta que en 2006, con más de 400 socios, rondó los 85.000.

Pero los gastos fijos siguen ahí, con dos empleadas de limpieza contratadas a media jornada, más los gastos co-